



Un bosque de árboles extraños

Rafael Toriz

J. Rodolfo Wilcock

IL LIBRO DEI MOSTRI



Adelphi

DE MADRUGADA, JUSTO EN EL TRECHO QUE SEPARA A LA NOCHE del día, un escalofrío recorre la Tierra, vistiéndola con un oscuro resplandor.

De madrugada, cuando los contornos son difusos, un ave funesta como un eclipse entre ruinas surca el cielo, mientras algunas sombras vagan todavía.

(En el mundo existen momentos y circunstancias que nos recuerdan que la vida es un sitio poblado de monstruos y de espectros en donde el único sendero posible es el trazado por las migajas de pan hacia la boca del infierno).

De madrugada, en lo verdaderamente ignoto del día, no queda más remedio que asumir el desconcierto y la condena que implica vivir perdidos y encontrados en un bosque de árboles extraños.

I

Con toda seguridad debió ser un tipo insoportable,¹ pagado de sí mismo con la jactancia que confiere a los espíritus

¹ Con una vocecita de gato mimoso en opinión de Bioy Casares, quien basaría su personaje Carlos Oribe, el poeta molesto, cretino y asesinado del relato "El perjurio de la nieve", en la figura de Wilcock. Por su parte Sergio Pitol, que lo conoció en un desayuno en Roma concertado por las hermanas María y Araceli Zambrano, lo describirá en *El mago de Viena* como un hombre delgado, de pelo oscurísimo y de muy buena apariencia, célebre por su excentricidad y modales, así como por su mala sombra, es decir, por su perversa inteligencia.



Fotograma de *El evangelio según San Mateo* de Pier Paolo Pasolini, 1964

sensibles la pobreza material, la afectación del intelecto y el temperamento artístico (varios testimonios coinciden lo mismo en su excentricidad que en su insolencia, marinadas por un talento impresionante, una mordacidad temible y una misantropía absoluta). Con una obra tan original como extraordinaria —escrita primero en español y luego en italiano—, Juan Rodolfo Wilcock (1919-1978) nos recuerda, con los ojos y las manos afiladas, que la literatura es el arte supremo de la crueldad; sobre todo para los que saben que la incomunicación, la estupidez y la usura son el único retrato posible de la condición humana, lo que hace de sus palabras una representación exacta de nuestras miserias, como también lo vio ese cáustico marginal que fue Virgilio Piñera y con quien la obra de Wilcock guarda estrechas concordancias. “A los escritores de este siglo, las hadas les otorgaron en la cuna el don de horrorizar a sus semejantes, demostrando de paso que sus semejantes son horrorosos”, escribiría el cubano.

Y es que luego de leer a Wilcock el infierno resulta el espacio natural, la morada del viajero, como sentenció Pier Paolo Pasolini en una de sus *Descripciones de descripciones*:

Wilcock sabe, antes que nada, desde siempre y para siempre, que no existe otra cosa que el infierno. No se plantea, ni siquiera en el modo más vago y genérico la hipótesis de que exista algo más que el infierno. No sueña ni remotamente en que pueda haber un modo, por ilusorio que sea, de no padecerlo o, al menos, ignorarlo... Él acepta el infierno, como la mayoría silenciosa, pero no forma parte de él, por eso lo reconoce... Cuando la tragicidad llega a un grado en que ya no son posibles las ilusiones, no puede sino transformarse en comicidad.

Conuerdo pero sólo a medias, puesto que en general resulta espinoso, por no decir imposible, sostener algo contundente al respecto de un autor tan proteico, de imaginación desbordada y con tanta elegancia en el estilo. En el momento en que intenta cercarse su figura, ésta se deshace, como aquella mujer —Concha para más señas— que en el relato “La engañosa”, al instante del ayuntamiento carnal con el narrador, se revela como un ser henchido de gusanos en el vientre y las tetas, con bocas diminutas en los muslos, membranas venosas por orejas y trampas para conejos en las partes



pudibundas que a la postre no le dejarán sino un resabio agradable al sorprendido varón, como si de un adolescente escarceo libidinoso se tratara. Es por ello, entre otras causas, que acercarse a Wilcock es enfrentarse a espejismos que van de lo grotescamente pavoroso a la inopinada y virginal dulzura.

El mejor elogio que puede hacerse de su obra es recomendar sus páginas a la menor provocación; para lo demás basta y sobra con el silencio (en realidad, no es mucho lo que podemos decir de Dante o de Shakespeare que no sean meras gratuidades, puesto que se trata de experiencias que van más allá de la lectura; algunos autores configuran mundos, galaxias, firmamentos: sencillamente nos atraviesan).

La obra de Wilcock funciona como un deslumbramiento fatal que nos entrega una imagen siniestra de la realidad y el mundo en un estanque de aguas irresistibles y hermosas a la manera de Anastomos, uno de sus más entrañables monstruos, constituido exclusivamente de espejos en los que “vemos reflejadas aquellas cosas que verdaderamente, sin hipocresía, amamos; no las cosas humanas, tan abrumadas por la caducidad y por el cambio, sino los árboles y las nubes, los pájaros y las flores, las cascadas y las islas, los astros y llamas, todo lo que en nuestra mortalidad sentimos como eterno, y que no amaríamos si no lo sintiésemos, oscuramente, intocable”.

Para Guillermo Piro, traductor tanto de su narrativa (*Hechos inquietantes*, *El estereoscopio de los solitarios*, *El ingeniero*) como de su poesía (concretamente el *Italienisches Liederbuch*, es decir, el *Cancionero italiano*), Wilcock es un “escritor precoz y sin ambivalencias; neorromántico que

prefirió el poema de tres cuartetos endecasílabos y el soneto; colaborador asiduo de la revista *Sur* (...); después de publicar seis libros de poesía partió a Italia y comenzó a escribir en italiano y a publicar relatos, novelas, poemas, obras teatrales y ensayos que constituyeron una obra aislada y provocativa”.

Y es que Wilcock, en esencia, es un arrebatado de contrastes, de aciduladas armonías: sus palabras son como esas hermosas flores aparentemente inocuas que destruyen todo aquello que las toca debido a su fragilidad asesina.

II

Wilcock nació el 17 de abril de 1919 en el corazón de la Ciudad Alucinada. Hijo único de un inglés y de una argentina de origen italiano, formaba parte de una familia típicamente porteña para la época.

Durante su niñez pasará unos años en Suiza —de 1920 a 1926— y volverá a Buenos Aires, de cuya universidad se graduará como ingeniero civil en 1943, lo que redundará en un trabajo al servicio de los Ferrocarriles del Estado, oficio que ejercerá por poco menos de año y medio.

De 1940 a 1953 publicará sus libros de poesía en Buenos Aires, escritos en español, un par de ellos galardoados y otros autofinanciados, pero todos de corte neorromántico (*Libro de poemas y canciones*, *Ensayos de poesía lírica*, *Persecución de las musas menores*, *Paseo sentimental*, *Los hermosos días* y *Sexto*). Será durante este periodo cuando, además de editar las revistas *Verde memoria* y *Disco*, trabaje amistad con Borges, Bioy y Ocampo, figuras influyentes y medulares de la cultura de la época, agrupadas en la mítica revista *Sur*. Posteriormente —luego de una breve estadía en Londres entre 1953 y 1954 (donde trabajará como crítico litera-

rio y musical para la BBC²) y luego de un breve retorno a la Argentina (cuando publicará la obra de teatro en verso *Los traidores* en colaboración de Silvina Ocampo, y codirigirá con Murena el suplemento literario del periódico *Crítica*)—, se instalará de manera definitiva en Italia a partir de 1957, colaborando en medios como *Tempo presente*, *La Nazione*, *La Voce Repubblicana*, *Il Messaggero*, y *L'Espresso*, y publicando la totalidad de su obra en italiano, comenzando por *Il caos* en 1960 (reeditado nuevamente con adendas y variaciones por Adelphi en 1974 y publicado en ese año en español por Sudamericana), *Fatti inquietanti* (1961), *Teatro in prosa e versi* y *Poesie Spagnuole* (el primero un compendio de piezas teatrales, y el segundo, una selección de su poesía publicada en español traducida por él mismo, ambos en 1962), *La parola morte* (1968), *La sinagoga degli iconoclasti* (1972), *Lo stereoscopio dei solitari*, *I due allegri indiani*, *Il tempio etrusco* (ambas novelas en 1973), *Italienisches Liederbuch. 34 poesie d'amore* (1974), *L'Ingegniere* (1975) y finalmente *Frau Teleprocu* en colaboración con Francesco Fantasia (1976). Póstumamente se publicarían *Il libro dei mostri* (1978), *Poesie* (una antología de su poesía escrita directamente en italiano en 1980), la recopilación de obras de teatro *L'abominevole donna delle nevi* (1982) y *Le nozze di Hitler e Maria Antonietta* (1985). Quedan aún por traducir al español sus obras de teatro, numerosos artículos periodísticos y *Frau Teleprocu*.

Al margen de su labor como escritor, Wilcock será durante toda su vida un traductor de excelencia del alemán, el italiano, el francés y el inglés al castellano. Destacan sus versiones de los *Cuatro cuartetos* de T. S.

² Valga mencionar que su experiencia inglesa no sería del todo placentera, como se lee en una carta enviada a Miguel Murmis: “Creo que no hay una sola cosa que me guste de este país, salvo el hecho de ganar más dinero que en Buenos Aires; pero ¿de qué sirve el dinero en este agujero de barbarie?”

Eliot; *Los caminos sin ley*, *El poder y la gloria* y *El americano impasible* de Graham Greene; *El ángel subterráneo* de Jack Kerouac; *El alquimista* de Ben Johnson, *La nueva neutralia* de Evelyn Waugh; algunos poemas de Éluard y Rimbaud; las *Cartas a Milena*, los *Diarios* y *En la colonia penitenciaria* de Kafka; la *Misa sin nombre* de Ernst Wiechert; la *Historia del Teatro Universal* de Silvio D'Amico y *El derrumbe de la Baliverna* de Dino Buzzati entre otras tantas, espléndidas obras.

Por si fuera poco también destacó como traductor del alemán, español, francés e inglés al italiano, cuyas arcas engrosó con el *Teatro completo* de Christopher Marlowe; el *Ricardo III* de Shakespeare; capítulos escogidos del *Finnegans Wake*; *El oro de los tigres* de Borges; buena parte de la obra de Jean Genet, *The London Scene* de Virginia Woolf y *At Swim-Two-Birds* del demencial y maravilloso Flann O' Brien, otro escritor fantástico como pocos cuya novela tiene una influencia directa en *Los dos indios alegres* de Wilcock,³ texto en el que

³ No puedo dejar de mencionar un detalle señero del ingenio de Wilcock. En español, la novela de O' Brien ha sido titulada, infamantemente, *En nadar-dos pájaros* (personalmente me quedo con la sugerencia de Sergio Pitol: *Dos pájaros a nado*). El título que Wilcock elige en italiano es *Una pinta d' inchiostro irlandese*, es decir, *Una pinta de tinta irlandesa*. Genial.

operan procesos metaficcionales y paródicos, es decir, ficciones dentro de ficciones.

Durante su período como colaborador en *Il Mondo*, Wilcock, bajo la consigna laboral de reseñar teatro (actividad ingrata donde las haya), inventaba montajes inexistentes con directores, actores y escenógrafos igualmente inexistentes (unas décadas después de que Pessoa esbozara su teoría del “drama en gentes”) sucedidos en remotos lugares. Entre otros, cabe recordar el orquestado por el director catalán Llorenç Riber, posterior personaje de *La sinagoga de los iconoclastas*, que tendrá como proyecto supremo poner en escena las *Investigaciones filosóficas* de Ludwig Wittgenstein, un filósofo muy caro al escritor argentino.

En las páginas de ese mismo periódico, aparecerá también un tal Matteo Campanari, periodista que solía desacreditar las opiniones de Wilcock y a quien éste le replicaba de encendida manera trezándose en debates que en algo recuerdan a los sostenidos entre Álvaro de Campos y Ricardo Reis, sobre todo porque al igual que en el caso de Pessoa, Campanari no era otra cosa que un desdoblamiento de Juan Rodolfo.

Entre los mitos y anécdotas circundantes al autor, llama la atención su participación como Caifás en *El evangelio según San Mateo* de Pasolini (1964), película en la que también participarán el entonces ignoto y jovenzuelo Giorgio Agamben y la prodigiosa Natalia Ginzburg.

Otra leyenda conocida es aquella que dice que tenía un gato italo parlante para sorpresa de las visitas. Otra más cuenta que su casa estaba poblada por pequeñísimos misterios, y alguna otra sostiene que, cuando asistía a cenar a casa de Bioy y Silvina, prefería comer en la cocina junto a la servidumbre (Wilcock no consideraba prudente mezclar a la aristocracia con las clases inferiores).



Existe aún otra historia al respecto de su salida “intempestiva” de la Argentina en 1957. No la consigo porque no tengo manera de cotejarla y porque el principal aludido se encuentra muerto y enterrado; no obstante me parece un fantasma que de alguna manera merodea estas palabras y ayuda a perfilar su rostro.

Las causas por las cuales un escritor decide abandonar su patria y su lengua me parecen tan infinitas como personales, por tal razón no podría ofrecer ni siquiera como caricatura una hipótesis al respecto de las decisiones literarias de Wilcock (el cambio de lengua, de país y de género): en ocasiones ni siquiera los autores saben bien a bien por qué escriben lo que escriben. Existen necesidades humanas que superan por mucho el análisis y el juicio, sobre todo si éste es literario.

Sin embargo, atendiendo sus palabras, acaso sea posible atisbar alguna idea:

Creo que si debiera ayudar a que alguien entienda qué o quién soy como escritor, señalaría dos puntos fundamentales para mí: soy un poeta, pertenezco a la cultura europea. Como poeta en prosa, desciendo por vías nada complicadas de Flaubert, que generó a Joyce y a Kafka, que nos generaron a nosotros (todo esto debe entenderse alegóricamente, porque estas personas representan épocas, maneras de pensar)... Como escritor europeo, elegí el italiano para expresarme porque es la lengua que más se parece al latín (acaso el español se parezca más, pero el público de lengua española es apenas el espectro de un fantasma).

Sus reflexiones son bastante clarificadoras. Su conciencia como escritor europeo es absoluta; su historia

familiar, que le permitió una educación políglota, ayuda mucho; el ambiente cosmopolita que lo rodeaba en Buenos Aires, así como su curiosidad monstruosa, lo impelían a comerse el mundo, que parecía quedarle chico en cualquier parte que se encontrara; la poca consideración prodigada a sus contemporáneos, tanto a los lectores como a los autores (excluyendo a sus principales amigos) seguramente fue un aguijón recurrente; acaso razones de tipo metafísico, y muy probablemente también de orden económico, fueran factores determinantes para emprender el definitivo *viaje de regreso*.

Si a las causas mencionadas agregamos la natural disposición de una parte de la sociedad argentina de *sentirse* o *saberse* europea, creo que tenemos el cóctel en la medida perfecta: Wilcock, siendo latinoamericano por nacimiento, era todo un europeo por elección. Su caso, por razones obvias, me recuerda al del futbolista nacido en Tandil, Mauro Camoranesi, un jugador excepcional nacionalizado italiano que conoció todo tipo de suertes en equipos como el Gimnasia y Esgrima de Tandil, el Aldosivi de Mar del Plata, el Santos Laguna y el Cruz Azul de México, el Wanderers de Montevideo, el Hellas Verona y finalmente la Juventus en Italia. Camoranesi, mediocampista fantástico, fue un miembro principal de la escuadra *azurra*, una estrella fulgurante en el país al que ha adoptado como propio y que ha premiado su esfuerzo con la Copa del Mundo de 2006.⁴ ■■■

⁴ Cabe mencionar que, en su momento, Camoranesi esperó todo lo que pudo para ser convocado por la selección argentina, pero aguardó en vano, lo que lo impelió a jugar con la casaca italiana.